

TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO Y EL SUJETO FEMENINO COMO CONSECUENCIA DE LA EMIGRACIÓN EN *LADYDI* DE JENNIFER CLEMENT

Berenice Romano Hurtado*

Antes de escribir la novela *Prayers for the Stolen* —versión en inglés de *Ladydi*—, Jennifer Clement investigó durante once años la vida violenta que viven las mujeres en México, particularmente en algunas zonas marginadas. Respecto a esto, Guadalupe Alonso señala que:

el centro de trabajo de Clement está basado en entrevistas con ellas, con mujeres escondidas en zonas marginadas de Guerrero: en la Barranca Dulce, municipio de Acatepec; en las afueras de Chilpancingo; en la vieja y la nueva carretera de Acapulco, así como en la cárcel de Santa Martha. El estrecho vínculo de la autora con estas tierras le ha permitido convivir con su gente y ser testigo del infortunio que sella sus vidas.¹

Ladydi se publicó en español en 2014.² La historia la cuenta una niña que vive con su madre en las montañas de Guerrero, México. La narración está organizada en breves apartados que describen los pedazos de vida de otras mujeres también habitantes de la montaña. *Ladydi*, la narradora, repasa la vida de cada una de las niñas con las que ha compartido la infancia, de tal forma que el lector se va enterando de sus historias desde la mirada de ella. Viven en una comunidad sin hombres, como hay muchas en México, porque

* Universidad Autónoma del Estado de México, <brhurtado@gmail.com>.

¹ Jennifer Clement llegó a México con sus padres cuando tenía un año. Aunque después estudió en Nueva York y en París, ha mantenido vivo su interés por los problemas sociales de México. Guadalupe Alonso, “Jennifer Clement. La vida no vale nada”, *Revista de la Universidad de México*, no. 139 (2015), 84.

² La novela tuvo muy buena recepción desde el comienzo. En un artículo para *La Jornada*, Elena Poniatowska escribió que “en seis semanas, el libro se vendió a veintidós países. En Finlandia, de cinco millones de habitantes, [...] se agotó en dos días. Hoy por hoy, múltiples organizaciones de derechos humanos buscan a Jennifer Clement y el *New York Times* le dedicó una página entera”. Elena Poniatowska, “*Ladydi*, la novela de Jennifer Clement”, *La Jornada*, 24 de agosto de 2014, 5.

los padres, hermanos e hijos de estas mujeres se han ido a trabajar a Estados Unidos y, en general, han decidido abandonarlas y no volver. La falta de presencia masculina las pone a merced de secuestradores que se las roban para prostituirlas. El desamparo en el que viven estas mujeres las lleva a tomar medidas para proteger a las niñas del lugar, por ejemplo, ocultan a toda costa la noticia de que nacen niñas y las visten y educan a lo largo de su niñez como si fueran varones. El temor crece en cuanto entran a la adolescencia porque se vuelve más difícil ocultarlas de la mirada codiciosa de los narcotraficantes, quienes matan a las madres con tal de llevarse a sus presas.

La novela está dividida en tres partes. En la primera, Ladydi describe a cada una de las niñas con las que ha crecido y que, igual que ella, viven en diferentes circunstancias la misma condición de abandono y miseria. María, quien además de ser la más próxima a Ladydi, también es su media hermana, porque, cuenta Ladydi, antes de irse a Estados Unidos su padre se acostó con todas las mujeres de la montaña. María fue el resultado de uno de esos encuentros clandestinos. A Paula la recuerda como la niña más bonita de todo Guerrero, es hija de un extranjero y es quien está destinada, por su hermosura, a ser secuestrada una vez que cumpla los trece años. Estéfani, otra de las amigas, se va de la montaña a la mitad de la historia, cuando su mamá se agrava por el sida que su padre contrajo en Estados Unidos y que le contagió en una de sus esporádicas visitas a Guerrero. La comunidad que habitan es muy pequeña, apenas da para unas cuantas historias, todas de vidas precarias, de abandono y pobreza.

En la segunda parte, Mike, el hermano de María y único hombre de la montaña, se lleva a Ladydi a trabajar como niñera a una casa de Acapulco. En el camino del viaje, Mike se detiene a hacer una visita en la que Ladydi no participa, pero que la involucra en un crimen del que se enterará después. Mike mata a la hija de un narcotraficante y, aunque en un principio pueden continuar con su viaje, el asesinato los alcanzará más adelante en la historia.

En Acapulco, Ladydi llega a una casa en la que sólo viven la sirvienta y el jardinero, en espera de que los dueños de la propiedad vuelvan de vacaciones de un momento a otro. Sin embargo, la familia nunca regresa porque, nos enteraremos más adelante, los han acribillado al norte de México como un saldo de cuentas del narcotráfico. Ladydi, sin embargo, aun después de conocer el final atroz de los dueños de la casa, decide quedarse un tiempo más porque está deslumbrada con una forma de vida que no conocía: duerme

en una cama, come bien y camina sobre mármol fresco. Además, se ha hecho novia del jardinero, es decir, ha dejado definitivamente la infancia y ha comenzado su vida sexual. El episodio de la casa de Acapulco termina cuando la policía llega y arresta a Ladydi porque Mike la señala como cómplice en el asesinato de la hija de uno de los narcotraficantes más buscados en México.

En la tercera y última parte de la novela, se narra la llegada de Ladydi a la cárcel y la vida de las mujeres con las que se relaciona; muestra lo desolador del lugar, pero, sobre todo, las circunstancias adversas que llevaron a cada reclusa hasta ahí. La novela termina cuando la madre de Ladydi la saca de prisión bajo el pretexto de iniciar otro proceso, pues su hija es menor de edad. Sin embargo, los planes de la madre son huir y viajar hasta la frontera norte para buscar, igual que antes lo hizo su esposo, una vida distinta.

Detrás de estas historias están las ausencias de los hombres de la región que emigraron a Estados Unidos. La novela de Jennifer Clement trata de mostrar cómo su partida no sólo modifica el espacio al que llegan, sino que su ausencia también reconstruye el lugar que abandonan y deforma la vida de las mujeres que se quedan. Es la historia de “un pueblo donde sólo hay mujeres porque, una vez que los hombres cruzan la frontera en busca de un futuro mejor, la mayoría no regresa, y dejan a sus madres, a sus compañeras y a sus hijas expuestas a la violencia salvaje de los narcos”.³ En este sentido, Clement señala a los hombres migrantes como cómplices indirectos del abuso que se comete con ellas. Su indiferencia e irresponsabilidad dentro del grupo al que pertenecen los caracteriza en la narración tan viles y cobardes como a los narcos. “En el México de *Ladydi*, los hombres son odiosos y canallas, lobos babeantes a la caza de mujeres-conejo; falos sin vida interior, siempre prófugos, siempre en tránsito, cuyas traiciones no causan sorpresa porque son naturales y cuyo retorno se anhela”.⁴ Lo que desemboca en mujeres olvidadas de sí, en cuerpos que se vuelven espacios de nadie y, por ello, de todos.

³ Garbi Losada, *Ladydi. Prayers for Stolen* (Astigarraga, España: Ados Teaotra, 2015), en <[https://www.kulturklik.euskadi.eus/z12-detalle/es/contenidos/evento/20160107011038/es_def/adjuntos/Ladydi_\(1\).pdf](https://www.kulturklik.euskadi.eus/z12-detalle/es/contenidos/evento/20160107011038/es_def/adjuntos/Ladydi_(1).pdf)>.

⁴ Fernanda Melchor, “De plegarias y buenas intenciones”, *Letras Libres*, 8 de septiembre de 2014, 1.

Espacios invisibles: la desnaturalización del territorio

En su libro *El lejano próximo. Estudios sociológicos sobre extrañeidad*, Maya Arguiluz Iburgüen revisa, entre muchos otros autores, las reflexiones que desarrolla Zygmund Bauman en torno a las diversas formas de la sociedad actual. Entre los variados conceptos que el sociólogo acuña, se encuentra el de adiaforización. Bauman dice que el término alude al proceder de algunos individuos en situaciones peculiares, en las que se llega a “convertir ciertas acciones o ciertos objetos de una acción en moralmente neutros o irrelevantes”;⁵ sucede, dice Arguiluz Iburgüen, “al surgir la indiferencia de un ser humano con respecto al sufrimiento o al daño que sus actos pueden provocar”.⁶ Es decir, al asomarse la indolencia por el padecer del otro.

La montaña donde viven las mujeres de la novela, a pesar de ser parte de un país y de un estado concreto (Guerrero, en México) está representado como un territorio ingrátido, sin cuerpo para aquellos que no lo habitan y que, como consecuencia, son incapaces de legitimar. Es decir, representa un espacio del que tienen conciencia sólo sus habitantes. Para el resto no es más que un lugar vacío en el que se puede tirar cadáveres en la calle o tomar lo que se desee como si fuera propio porque creen que no pertenece a nadie. Se puede, también, rociar sobre la montaña todos los químicos destinados a quemar los sembradíos de amapolas, porque la gente destinada a cumplir la tarea está comprada por el narco. De ahí que sin ningún miramiento se haya decidido partir la montaña en dos. “Hace mucho [cuenta la niña] existía una comunidad entera que vivía en la montaña, pero eso terminó cuando construyeron la autopista del Sol de la Ciudad de México a Acapulco. Mi madre dice que esa Autopista partió a nuestra gente en dos partes. Como un machetazo que corta un cuerpo por la mitad”.⁷ Es evidente la analogía entre el espacio escindido y los personajes también fragmentados. Cada uno, a su manera, representa la versión inconclusa de sí mismos; las niñas son mitad mujeres y mitad varones; en parte libres, pero presas del miedo, que representa una presencia continua en su vida. Las mujeres se describen a sí mismas también

⁵ Maya Arguiluz Iburgüen, *El lejano próximo. Estudios sociológicos sobre extrañeidad* (México: Anthropos, 2009), 132.

⁶ Arguiluz, *El lejano próximo...*, 132.

⁷ Jennifer Clement, *Ladydi* (México: Lumen, 2014), 122.

partidas a la mitad por la falta de un hombre; esto representa una muestra patética de su necesidad de un otro que no las reconoce y que Clement señala una y otra vez como insuficiente y cruel. La relación entre hombres y mujeres dentro de la historia siempre es desigual y desventajosa para las mujeres. Cuenta Elena Poniatowska que a Jennifer Clement “le impactó ver que la cárcel de mujeres recibe pocas visitas de hombres (aunque muchas están presas por declararse culpables y salvar a su papá, su amante o su hijo) y, en cambio, la fila para ver a los internos en la cárcel de hombres (tanto entre semana para la visita conyugal como los domingos) es interminable y da vuelta a la cuadra”.⁸

Y esa falta de interés de los hombres, que se representa en el espacio fracturado, se entiende a la vez como una especie de malformación; como el labio leporino de María —la hija bastarda del papá de Ladydi—, a la que además le falta un padre. Ladydi trata de explicar las anomalías del espacio que habita: “Lo cierto es que conocíamos la causa de las deformidades en nuestra montaña. Todo el mundo sabía que los tóxicos que rociaban para acabar con las cosechas de mariguana y amapola estaban dañando a la gente”.⁹ Sin embargo, las deformidades no son sólo físicas, también son simbólicas, y estas formas maltrechas se convierten en un tipo de triste identidad que todas asumen dócilmente. Se crean representaciones que suplen la verdadera personalidad: se actúa que se es un varón en lugar de una hembra o mujer. La novela comienza con esta idea: las niñas tienen que parecer varones y lucir feas siempre, de lo contrario se las pueden robar. “Ahorita te ponemos fea”, es la primera frase de la historia, y Ladydi recuerda: “Me puso un espejo viejo y cuarteado frente a la cara. [...] La cuarteadura hacía que mi cara se viera como si me la hubieran partido en dos pedazos” (7). Igual que la montaña, la identidad de las niñas está hecha de fragmentos que no pretenden reconstruirlas, sino precisamente dejarlas sin nombre: deformar su rostro. A partir de la desnaturalización del sí mismo, se da con normalidad la desnaturalización del espacio. Las mujeres no son capaces de reconocerse porque nunca han sido percibidas como lo que realmente significan, son fragmentos de ser; esta falta de reconocimiento lleva a que el territorio que habitan no se conciba como propio, sino que está expuesto y a expensas del otro. Del único

⁸ Poniatowska, “*Ladydi*, la novela...”.

⁹ Clement, *Ladydi*..., 31. Cuando en texto se haga referencia a la novela que se analiza, sólo se pondrá entre paréntesis el número de página de la edición citada.

lugar que parecen adueñarse es de los hoyos que cavan en el suelo para esconder a las niñas de los secuestradores. El vacío del hueco es todo lo que llega a semejarse a un refugio. La novela está llena de momentos que a Clement le contaron las madres de las víctimas cuando las entrevistó: “No había en nuestro pueblo ningún lugar en el que esconderse”, explica Lupita. ‘¿Dónde ibas a hacerlo? Así que cavábamos hoyos en la tierra y, si oíamos que había narcos por los alrededores, decíamos a las niñas que se metieran en los agujeros y que se quedaran muy calladitas durante una hora o así, hasta que los hombres se fueran’”.¹⁰

La adiaforización de la que habla Bauman se explica en la novela en este espacio que, una vez partido, ya no se valida. Al no legitimar el lugar como un sitio habitado y señalado por la identidad, lo que sucede en él y el trato que se les da a sus pobladores se desarrolla en un vacío del que nadie puede dar cuenta. Se tiene permiso para romper los límites, ya sean morales o legales, porque por encima de lo que suceda con los residentes de la montaña están los hombres con poder. Ahí se ilustra en más de un sentido la indiferencia que estos hombres exhiben frente a la carencia de este grupo.

Las mujeres, por su parte, se sienten incompletas en la medida en que tienen que vivir y resolver la existencia para sus hijas sin el apoyo de los hombres. “Nuestros hombres [cuenta Ladydi] cruzaban el río a Estados Unidos. Sumergían los pies y vadeaban con el agua a la cintura, pero cuando llegaban al otro lado ya iban muertos. En ese río se despojaban de mujeres e hijos, y entraban caminando al enorme cementerio de Estados Unidos” (17). Agrega: “En nuestra montaña no había hombres. Era como vivir donde no había árboles” (17). A pesar de que en la novela se narran episodios en los que los hombres lucen como insensibles ante las necesidades de las mujeres, es un tema constante que estas mujeres anhelan vehementemente a sus esposos o sus padres como si parte de su existencia estuviera truncada por el sólo hecho de no tener a su lado la añorada presencia masculina.

Por otro lado, el aislamiento social al que es sometida la comunidad está señalado por la distancia física y la reclusión a la que se le ha condenado. La fractura que ha sufrido la tierra se extiende no sólo al aspecto físico de las mujeres, sino a las relaciones que alguna vez tuvieron. En este sentido, la división

¹⁰ Jennifer Clement, “Las hijas robadas de México”, *El Mundo*, 19 de julio de 2014, en <<https://www.elmundo.es/yodona/2014/07/19/53c6896122601d1d7a8b457f.html>>.

territorial señala, al mismo tiempo, una especie de frontera que confina a sus habitantes a un espacio marcado. Es el sitio del abandono, la pobreza y la ignorancia. Cualquiera puede traspasarlo y llevarse lo que quiera, puesto que ese tipo de acciones se ha vuelto “moralmente neutra”; el sistema, mediante una serie de “mecanismos de indiferencia moral” las ha señalado como invisibles,¹¹ ya que a nadie se le ocurre, ni dentro ni fuera de la comunidad, que lo que ahí sucede es inmoral y fuera de la ley. Se sabe, aunque nadie lo diga, que las circunstancias están establecidas y que cada uno no puede sino responder con las acciones predeterminadas según su situación. Se vive con la presencia continua de la desesperanza y el miedo.

A la gente de esta montaña se le ha excluido, se le ha quitado incluso la categoría de sujeto moral, lo que lleva a entender este espacio como desterritorializado, como una zona de vacío espacial. Por un lado, las mujeres tienen que esconderse y, por otro, el espacio en sí no tiene presencia, es un sitio “invisto”, según Jean-Luc Marion.¹² El crimen impune es el que hace que se mire hacia otra parte, nadie tiene interés en seres contruidos sobre una pila de rasgos marginales: mujeres, pobres y desprotegidas: “Mi madre decía [narra Ladydi] que el estado de Guerrero se estaba convirtiendo en una guarida de conejos llena de jovencitas escondidas por todos lados. [...] Éramos como los conejos que se esconden cuando un perro hambriento anda suelto en el campo, un perro que no puede cerrar la boca, y su lengua saborea ya el pelaje de sus presas” (13).

El espacio desprovisto de su cualidad de sitio protector, de albergue, se transforma dentro de la novela en un lugar violento, lleno de fisuras, que amenaza. Es un sitio que desde fuera se reconoce por estar poblado sólo por mujeres; los de afuera lo consideran vulnerable porque está “abierto” a cualquiera. En ese sentido, sus habitantes están expuestas porque ni siquiera el lugar, que ya ha sido ultrajado, las reconoce como propias. Un espacio así, a su vez, modifica a los sujetos que lo habitan: el recelo, el temor constante y la desconfianza los definen y marcan sus relaciones entre sí.

¹¹ Arguiluz, *El lejano próximo...*, 138.

¹² Arguiluz, *El lejano próximo...*, 64.

Hoy todos somos cuerpos extraños

La frase con la que titulo este apartado alude a una cita de Bauman sobre la que Maya Aguiluz reflexiona; el “eterno desarraigo” a través del que transitan los inmigrantes los mantiene como sujetos extraños dentro del espacio que eligen, pero que en general no los cobija. En la novela de Jennifer Clement no sólo se da un panorama de lo que emigrar significa para los hombres que deciden dejar sus comunidades de origen, sino que muestra lo que este desplazamiento desencadena en quienes se quedan. Con esta perspectiva, desde el otro extremo se elabora un espectro más amplio de las repercusiones que la emigración causa en ciertas regiones en particular.

En el caso de la narración, las “figuras de extrañidad”, como las llama Bauman, no sólo son los varones que llegan a Estados Unidos y que viven un proceso de adaptación que en general no termina en la asimilación amable del sitio hostil que los recibe, sino también las mujeres, quienes, si bien en apariencia no se enfrentan a un nuevo espacio, se quedan de alguna forma huérfanas y desubicadas en un sitio que se actualiza ante la nueva situación. La falta de hombres las transforma en sujetos vulnerables y las presenta a los agresores como presas fáciles. Se subraya, entonces, el hecho de que no sólo las fronteras geográficas que transitan los varones tienen un impacto en la realidad inmediata de los involucrados, sino, asimismo, las simbólicas en las que quedan limitadas las mujeres: al mismo tiempo recluidas y rechazadas por el espacio que habitan.

En relación con el joven maestro de primaria que llega a la comunidad, comenta la madre de Ladydi: “No me gusta la gente que viene de lejos [...] No sabe ni quiénes somos para andarnos diciendo tienes que hacer esto y tienes que hacer lo otro y tienes que hacer eso y tienes que hacer aquello” (26). El aislamiento al que la distancia condena a la gente de la montaña, así como la fractura que la divide, hace que sus habitantes se vivan como “cuerpos extraños” desvinculados de cualquier otra realidad; representan a “ese grupo de personas que ocupa siempre un sitio ambiguo, el ‘en-medio’, ‘entre lo uno y lo otro’ de los linderos establecidos”,¹³ según Victor Turner. Es decir, la debilidad de su presencia en el mundo les confiere una identidad difusa que no los ubica contundentemente en el lugar que ocupan. Son y no

¹³ Arguiluz, *El lejano próximo...*, 82.

son al mismo tiempo; están en un continuo *paso hacia*, porque ni pueden salir de ahí ni residen plenamente.

Sobre este punto, agrega Maya Aguiluz, “los cuerpos extraños encarnan una cierta membresía [...] dentro de una categoría o espacio social; ocupan una posición ‘intramurallas’, pero sus movimientos descolocan los lugares fijos, ‘están fuera y dentro’ y sus desplazamientos pueden hacerlos pasar por ‘enemigos interiores’”.¹⁴ Ese es el emplazamiento en el que se encuentran los hombres que han emigrado, pero también lo viven las mujeres que se han quedado y que son replegadas en su propias casas por la amenaza continua. Si bien ellas no implican ninguna intimidación para nadie, no son un enemigo, se les trata como si lo fueran. En su caso, el emplazamiento se da en el momento en el que los proveedores de cada familia deciden irse; las mujeres deslizan su condición de esposas y madres hacia nuevas posiciones que las deja desprotegidas. La violencia que se ejerce sobre ellas las carga simbólicamente como amenaza; el uso y la vejación del cuerpo de estas mujeres muestra no sólo una acción bárbara y perversa, sino un temor que subyace en los hombres que agreden y que los empuja a destruir y someter.

En la novela, las mujeres están en el medio de todo: entre ser niñas y ser niños, entre un lado y otro de un territorio partido, entre Acapulco y la Ciudad de México. Esta posición, a diferencia de lo que sucede en otros casos con la ambigüedad del *entre* posmoderno que multiplica los caminos de significado, desdibuja a los personajes y los nulifica. No son ni una ni otra, no son nada. El afuera y el adentro de la montaña son dos situaciones vinculadas con un espacio simbólico; de afuera son los hombres del norte que vienen a robar adolescentes; de afuera vienen las antenas parabólicas y los programas estadounidenses que ven en la televisión; de afuera es el propio nombre de la protagonista, quien, a diferencia de la afamada princesa Ladydi, es morena y con el pelo negro y crespo. “Me sentía como dinero falso [dice la narradora], ropa de diseñador falsa en el mercado de Acapulco, como una Virgen de Guadalupe hecha en China. [...] Mi madre me había puesto el nombre más falso que encontró” (187). Un nombre que, de nuevo, es y no una identidad para la protagonista.

Afuera han quedado los hombres que partieron a Estados Unidos y que traían vida y movimiento con sus visitas. Lo de adentro es lo que quedó cuando

¹⁴ Aguiluz, *El lejano próximo...*, 82.

el último dejó de volver a la montaña, cuando las mujeres comprendieron que el espacio que habitaban se había modificado drásticamente al dejarlas expuestas. Por otro lado, en la novela se exhibe la parte emocional de estas mujeres en la que se puede percibir la oscuridad afectiva que las cubre.

El profesor de primaria, José Rosa, fue uno de los dos maestros que se atrevió a ir a la montaña. Vive un año entre las mujeres sin entender cómo pueden conformarse con el tipo de vida que tienen. Es un elemento de fuera que con su supuesta educación no hace sino observar a estas mujeres como sujetos extraños. En una ocasión le pregunta a la madre de Ladydi: “¿cómo pueden vivir así, en un mundo sin hombres? ¿Cómo? [...] Ustedes, los hombres, no lo entienden, ¿verdad?, dijo. Ésta es una tierra de mujeres. México es de las mujeres. [...] Sí, qué interesante, pero ¿dónde están los hombres?, preguntó [él]. ¿Saben exactamente dónde están todos? Claro que sí lo sabemos. No están aquí” (61-62).

El maestro no es capaz de concebir una realidad diferente a la propia, lo que de nuevo ubica a las mujeres en el extremo opuesto de una relación que nunca llega a ser un vínculo. La madre de Ladydi, con el tono áspero que la caracteriza en la historia, desautoriza el comentario del profesor, primero porque es varón y segundo porque es de fuera. La respuesta de la mamá señala cómo las mujeres pueden dar constancia de la ausencia de los hombres, que es lo que importa, aunque en realidad no sepan dónde están: lo que importa es que no están con ellas. No pueden ubicar el espacio que habitan, pero sí son capaces de señalarlos como una parte de sí mismas, una que las representaba y les daba consistencia. Sin los hombres, ellas también son extrañas, aunque sigan dentro del país donde nacieron. Sin ellos no son reconocidas y sólo encuentran una identidad en la colectividad, sin embargo, se trata de una colectividad pobre y por ello vulnerable, ya que sin los hombres el entorno se vuelve contra ellas. En esta línea, Arguiluz señala que:

el adentro social tiene efecto cuando se marca *la diferencia de la externalidad*, esto es, desde el momento en que *el afuera* se reitera como fuente y origen de procedencia de toda clase de perturbaciones, males y amenazas. La multiplicación del afuera en una mirada de “otros espacios”, todos estos con atribuciones exóticas, tiene su prot expresión en *el propio ser humano que encara la más inquietante extrañeidad, la suya propia*.¹⁵

¹⁵ Arguiluz, *El lejano próximo...*, 88.

En la novela, cuando los hombres desaparecen, en las mujeres hay un desconocimiento simbólico del lugar donde las dejan. Ellas ya no significan porque ese otro que las afirmaba ahora las ignora; con su ausencia deja de mirarlas y las convierte en extrañas. Al mismo tiempo, se repliegan en la montaña y ya no la reconocen como parte de un espacio mayor, sino aislada y desvinculada del resto, lo que hace que cualquier lugar que no sea el propio parezca extraño y una amenaza latente.

De ahí la adiaforización que se mencionó; la falta de hombres y su indiferencia hace que este grupo de mujeres se vuelva invisible para los demás. “Nadie es responsable” del abandono ni de las condiciones de vida; por lo tanto, nadie evalúa moralmente lo que les sucede. El territorio, por ello, se transforma de espacio habitable a otro que sirve fundamentalmente para esconderse, pero que tampoco representa un refugio.

En este sentido, narra Ladydi: “Pensé en nuestro fiero pedazo de tierra, que alguna vez fue una comunidad de verdad, pero la arruinó el mundo criminal de los narcotraficantes y la inmigración a Estados Unidos. Nuestro fiero pedazo de tierra era una constelación quebrada y cada casita era ceniza” (214). De ahí que se deshumanice la existencia; si un territorio no sirve para albergar y cuidar a sus habitantes, entonces no es más que un trozo de tierra poblado por presas. Por la grieta que partió la montaña en dos se cuela la posibilidad de una vida más humana y entran la violencia y el abuso. A su vez, los hombres que se van, como están hechos de fragmentos, dejan detrás de ellos un espacio indeterminado que convierte a sus habitantes en extraños. El espacio sin orden ni leyes que lo regulen, en el que se transforma la montaña sin hombres, se vuelve además violento con los narcotraficantes que irrumpen, saquean y matan cuanto quieren.

“A diferencia de un sociólogo, un antropólogo o un periodista, lo que busca Clement es la experiencia poética, la metáfora”.¹⁶ En este sentido, Clement comenta que un aspecto importante de la novela “es el lenguaje y el uso de las metáforas. El cómo convive lo divino con lo profano, lo feo con lo bello. Aunque las entrevistas sobre la novela se inclinan sobre el tema social —destaca—, como escritora siempre estoy en esa búsqueda literaria y poética”.¹⁷

¹⁶ Alonso, “Jennifer Clement...”, 84.

¹⁷ Carlos Paul, “Jennifer Clement hace un retrato de la trata de mujeres en las zonas rurales”, *La Jornada*, 31 de julio de 2014, 1.

Clement narra la migración desde otro de sus múltiples costados: deja ver la problemática que implica establecerse en otro país, pero sobre todo se enfoca en describir cómo cambia en la vida de las mujeres, como efecto colateral, no sólo se transforma por no tener un esposo, sino que se trastoca lo más hondo de la identidad individual y colectiva y las deja a la deriva. La fractura social que resulta del abandono crea espacios flotantes que no reconoce el sistema y que sirven de campo de pruebas para la delincuencia y el crimen.

Fuentes

ALONSO, GUADALUPE

2015 “Jennifer Clement. La vida no vale nada”, *Revista de la Universidad de México*, no. 139, 84-85.

ARGUILUZ IBARGÜEN, MAYA

2009 *El lejano próximo. Estudios sociológicos sobre extrañeidad*. México: Anthropos.

CLEMENT, JENNIFER

2014 *Ladydi*. México: Lumen.

2014 “Las hijas robadas de México”, *El Mundo*, 19 de julio, en <<https://www.elmundo.es/yodona/2014/07/19/53c6896122601d1d7a8b457f.html>>.

LOSADA, GARBI

2016 *Ladydi. Prayers for Stolen*. Astigarraga, España: Ados Teatra, en <[https://www.kulturklik.euskadi.eus/z12-detalle/es/contenidos/evento/20160107011038/es_def/adjuntos/Ladydi_\(1\).pdf](https://www.kulturklik.euskadi.eus/z12-detalle/es/contenidos/evento/20160107011038/es_def/adjuntos/Ladydi_(1).pdf)>.

MELCHOR, FERNANDA

2014 “De plegarias y buenas intenciones”, *Letras Libres*, 8 de septiembre.

PAUL, CARLOS

2014 “Jennifer Clement hace un retrato de la trata de mujeres en la zonas rurales”, *La Jornada*, 31 de julio.

PONIATOWSKA, ELENA

2014 “*Ladydi*, la novela de Jennifer Clement”, *La Jornada*, 24 de agosto.